

**EL PRIMER BURLADOR
Y OTROS DON JUANES**

Enrique González Rojo

1997

Y OTROS DON JUANES

MONÓLOGO DE LA NINFÓMANA

Si hubiera necesidad de presentarme diría:
soy una mujer tan feliz
como lo puede estar el poeta que todas las noches,
al escuchar las voces de una página en blanco,
aúlla al infinito,
o como el gato que recorre el viacrucis
de la persecución interminable
de su cola.
Mujer insatisfecha, no porque se me llena de escarcha
el vello del pubis.
O porque tenga que cubrir mis uñas repentinamente
con pinceladas de excitación postiza.
Gozo como la que más el privilegio

de hacer mías las vetas más sublimes del pecado.
Sé disfrutar de las manos finas y delgadas
o del tacto gomioso que pone en la maleza
caricias venenosas;
tengo un cuerpo aleccionado a la respuesta:
senos con buen oído,
caderas que se sienten atraídas por cóncavos clamores,
hombros que saltan a acurrucarse
en cualquier insinuación sensorial de una saliva.
En realidad he recorrido enormes galerías de placer
cerradas al público.
Me he pasado durante horas saboreando un delito.
He gozado como nadie las fantasías
de la lengua.
He disfrutado infinitamente,
tras de hacer el amor con todas las prohibiciones,
al sentirme arrullada por el escándalo.

Nada me está prohibido:
ni el incesto, y su larga procesión de oscuridades,
ni el insinuar caminos ignorados
al oído de un pene.

Un día decidí arrinconar para siempre mis prejuicios
en el cajón del ropero de mi abuela.
Y desde entonces
percibo que el vigor de mi cuerpo
(más que los hombres y sus trampas de epidermis)
o el paladar corpóreo de mi tacto

(más que la sugerencia que vomita
los puntos suspensivos que conducen
inexorablemente hacia una cama)
son el prefacio al placer,
la invitación perfumada que a mí misma me envió
para hacer una orgía
donde caballos y aves se unifican
en un centauro orgásmico que baja
de golpe las estrellas.

Pero soy una mujer tan satisfecha
como puede serlo el sediento
que le pisa los pies a un espejismo.
Entre un disfrute y otro,
entre un beso y seguido y otro beso,
vivo la soledad
como una herida en medio de las piernas.
Incluso en la pasión (cuando apresamos,
a dos cuerpos,
el puñado de luz que perseguíamos)

sé que la soledad es un telón de fondo,
algo que convierte mis brazos,
mi cuello
y mi talle,
en gestos y ademanes de una actriz
que finge dialogar en el monólogo.

Mujer insatisfecha. Mujer sola.
No porque se me llene de escarcha
el vello del pubis.
O porque haya tratado de tocar a dos manos
una pieza de música en el hielo.
No porque posea unas yemas digitales polvorientas.
O porque sea incapaz
de robarle el fuego a los dioses
hacia la una de la mañana,
sino que he acabado por intuir
que mis amigos ocasionales
son entes de carne y tiempo,
hombres que a la mitad de un entusiasmo
tropiezan con su fatiga, sus principios, su remordimiento
o su hogar al que suponen
aullando por su ausencia.

La enfermedad me acosa. No sé qué hacer con este furor uterino por la eternidad
que devasta mis entrañas.
Una mujer como yo
deja abierta de par en par las puertas de su cuarto,
también los ventanales. La puerta por si acaso alguien pretende
recorrer la exposición de crisantemos
inaugurada en mis intimidades;
las ventanas, por si un dios
(de tantos que baten sus alas en la atmósfera)
se compadeciese de mí

y me enseñara cómo poner en el zócalo de la soledad
una bomba de tiempo
que, al soltar su jauría de infernales segundos,
me regale la bendición de los escombros.

Pero me encuentro enferma.
Sola. Y mi alma vuelta cuerpo.
Con la carne sometida, por mi cuarto,
a las más refinadas torturas clandestinas.
Me sangran los nudillos. Y la aldaba que toco
afirma sin cesar su inexistencia.
Siento entonces que sube, se me sube
a la garganta el áspid venenoso
de la larga rendija de la puerta.

.